

RUBÉN AMARO O LA ENCÁUSTICA DEL TIEMPO



Waldo Leyva

Siempre he afirmado que la poesía, esa materia esquiva e indispensable para el alimento del espíritu y el mejoramiento humano, no es privativa de los poetas, forma parte de todas las manifestaciones del arte y la literatura. Y es que la poesía está en el latir de cada cosa que nos rodea y solo requiere que nos comuniquemos con ella a través de los sentidos. Porque la poesía se puede ver y oír; se puede reconocer en las fragancias más finas y en los olores mas humildes; descubrir en los manjares exquisitos o en los platos más modestos, siempre que el amor guíe las manos del que prepara los alimentos; y está en cada cosa que tocamos, siempre y cuando seamos capaces de poner en la yema de los dedos y en cada fragmento de piel de nuestro cuerpo, en cada poro, esa capacidad de reconocer la verdad y la belleza que puede salvarnos, las más de las veces, de nosotros mismos. Es por ello que siempre voy a su encuentro cuando me acerco, como simple espectador o como alguien a quien se le requiere una opinión, a la muestra de un artista, a un concierto o simplemente al recorrido por la ciudad o la naturaleza. En todos los casos, más que buscar prefiero encontrar. El que busca tiene un destino y eso lo priva de ver y sentir a plena capacidad. Quien va abierto a la sorpresa del encuentro tendrá siempre la recompensa de lo inesperado, aquello que puede abrirle infinitas posibilidades hasta entonces ignoradas. Encontrar es la palabra de orden para todo creador. Y en la noche de hoy tendremos el privilegio de encontrar, de descubrir en la obra de un artista excepcional, aquello que sin saberlo forma parte de nuestra propia experiencia vital. La muestra que generosamente nos ofrece Rubén Amaro, donde se resumen varios años de búsqueda y encuentro, de angustia y satisfacción, de entrega y sacrificio creador, es un regalo que estoy seguro sabremos apreciar y de la que saldremos enriquecidos todos.

Mi primer encuentro con Rubén, este extraordinario pintor que nos convoca hoy, data de tiempos recientes, apenas unos años y se produjo cuando me detuve frente a una pieza suya que aún cuelga en la sala de nuestra casa en México. Es una obra donde el espectador descubre la huella de la espátula que distribuye los pigmentos hasta convertirlos en piel de la madera. En ese cuadro dialogan, sin ser mediatizados por ningún elemento figurativo, un amarillo viejo, que recuerda ciertos íconos bizantinos y

una suerte de tinte que sugiere el nogal oscuro pero atenuado con manchas de luz. El amarillo no llega a ser oro y recuerda su deuda de origen con la cera. El nogal invita al espectador a sumergirse en una velada y sugerente transparencia que anuncia búsquedas y sueños cuya frontera última es la poesía.

Luego llegó el abrazo del artista y supe de inmediato que estaba en presencia de un ser ganado por el hambre de crear, poseído por la necesidad impostergable de buscar la belleza y entregarla a los demás, como el único tributo verdadero en tiempos donde cada día nos incitan a alejarnos de lo más humano de nosotros mismos. En ese primer contacto le pregunté a Rubén por la técnica usada en aquella pieza, esa manera de empastar los colores que tanto me había impresionado. Y él, con esa generosidad que le enaltece, me habló de su preferencia por la encáustica, esa técnica cuyo origen se pierde en la memoria de los tiempos. El encuentro con aquella pieza que acompaña la cotidianidad de la casa y esa primera conversación con su creador sellaron una amistad de la cual me siento muy honrado. Después vino la visita, muchas veces postergada, a su espacio íntimo y allí pudimos ver, Margarita y yo, varias de las obras de Rubén. Me detuve largo rato sobre esas mujeres, donde se descubre la indiscutible raigambre española. Estas majas están resueltas con una suerte de ternura palpable en los blancos y azules tenues o los rosas adolescentes que le dan vida. No hay estridencia, ni excesiva sensualidad en estas dulces señoras y uno siente cierta la imperiosa necesidad de adorarlas y de cantar bajo sus balcones. También me impresionaron favorablemente sus piezas donde la primavera se enseñoorea sobre el lienzo. Pero las flores de Rubén son líricas, tienen algo de música de cámara, no sugieren esa necesidad de tacto lúbrico, no provocarían jamás aquella excusa erótica y poética con la que Neruda le confesara a su amada: *“quiero hacer contigo/ lo que la primavera hace con los cerezos”*.

Tanto en los colores como en los temas abordados por Rubén están siempre la luz y la respiración y hasta los olores de su España entrañable. Sus mujeres, de pudoroso gesto femenino, no son Manolas ciertamente, pero nadie pondría en duda que pertenecen a esa tierra que vio nacer al artista y le acompaña siempre. Los toros y los toreros de Rubén, en plena faena, tienen la gracia del arte milenario que la encáustica reitera con sus colores vivos y eternos. El pintor nos los entrega sin una excesiva preocupación por el dibujo, porque su afán es darle la importancia que reclama la sugerencia poética. Desde luego no quiere decir que haya desdibujo en la pieza, por el contrario, el animal y el hombre no pierden su plenitud real y simbólica al mismo tiempo. Quiera o no, el espectador termina por ser atrapado en el ojo del toro que busca el capote con la misma terquedad con la que el torero enfrenta su destino

ejecutando una verónica que puede ser el anuncio de la muerte o el triunfo del arte. Y luego llegan los caballos, esos seres cuya plasticidad evoca siempre nobleza y fuerza, decisión inquebrantable y belleza pura, sin concesiones. Para Rubén no es solo un tema, su vínculo con el caballo es íntimo, vital; los que le conocen saben de su pasión por la equitación, y muchos le habrán visto cabalgar y establecer con el noble bruto, como gustan llamar algunos que desconocen el alma del caballo, una relación de fraternidad que luego pasará a la obra del artista. En sus cuadros descubrimos esa relación, ese diálogo entre el pintor jinete y su cabalgadura. Sus caballos salen de su paleta vivos. La encáustica, más que una fusión de cera y resina, termina siendo en la tela, o en cualquiera de los soportes que el pintor destine para la obra, una reproducción palpitante de la piel y la sangre del equino. Al mirar su conjunto de cuatro caballos blancos, levemente enjaezados, que remiten inevitablemente a las cuadrigas romanas desde la encáustica del tiempo, me viene a la memoria la leyenda de aquellos lipizzanos de la escuela española de Viena que unen, a su destreza en la batalla, el arte más refinado de la equitación. Uno de los cuadros del artista, aquel en que aparece al fondo del caballo un rojo resplandor que tiene sus reflejos en las orejas del animal y un trasunto de llama en sus ojos, me recuerda lo que me contaron una tarde de otoño en un café de Viena. Según el relato, que tiene algo de leyenda, en cierta ocasión se desató en la ciudad un fuego devastador que amenazaba los establos reales y de pronto los blancos lipizzanos, en perfecta formación saltaron las barreras que los protegían y se precipitaron, sin romper la armonía de su galope marcial, por las calles y plazas de la ciudad. Si fue cierto debe haber sido un espectáculo único, digno de un pintor como el que nos convoca. Imagino esos blancos caballos, manchados por los rojos, amarillos y naranjas del fuego, saliendo de la noche, fijando con el acompasado ritmo de sus cascos, el tiempo de la ciudad en llamas. Alguna vez escribí un poema sobre esa memoria, lamentablemente extraviado.

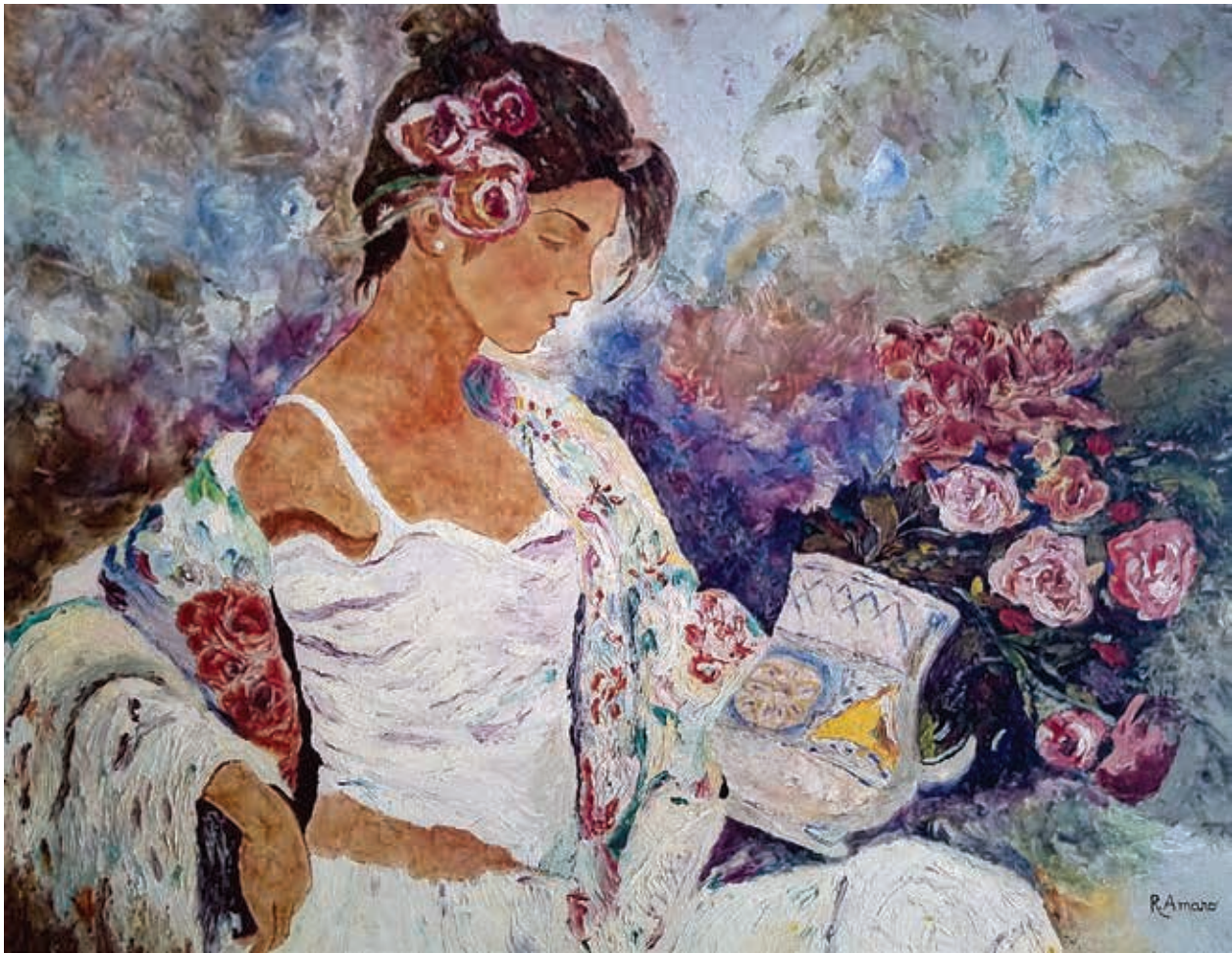
Los caballos de Rubén, esos que tenemos la suerte de contemplar hoy, corren, pastan, otean el horizonte, mueven sus belfos como si nos quisieran comunicar el mundo que les bulle dentro. Pueden ser blancos, de una pureza que no precisa más detalle que su mirada honda y su cabeza erguida o inclinada en señal, no de obediencia sino de complicidad con el jinete; pueden ser negros como la noche o de cualquier otro color, pero siempre tendrán la capacidad de no dejarnos indiferentes frente al lienzo. No sé si el óleo, o cualquier otro pigmento, puedan dar la intensidad del color que la encáustica, en las manos de Rubén, nos da. Esta materia tiene la virtud de convertir cada color en único, y tenemos la sensación, al contemplar la obra, de que ésta resistirá el decursar del tiempo y todos los cambios posibles del clima. Hay algo de magia y alquimia en el uso de la encáustica y el pintor lo sabe y



Caballo blanco



Maja con abanico



Mujert



Caballo 3



Fuzione

disfruta revelarnos, a medias, ese misterio que viene desde tiempos inmemoriales.

Esta muestra me confirma algo que todos, sin duda, sabemos pero que no por ello dejaré de mencionar. Me refiero al hecho de que el caballo, por su nobleza, su fidelidad y belleza ha sido un tema recurrente para el arte y la literatura. Pocos son los pintores o escultores que no hayan sucumbido a la tentación de inmortalizarlo en sus obras. Pocos son también los poetas que no se hayan dejado atrapar por él. Ahora mismo me viene a la memoria aquel hermoso poema del cubano José María Heredia, aquel que cantó a la naturaleza mexicana y, cantándole al Teocalli de Cholula y a la eterna sombra y a las crestas nevadas del Popocatepetl y el Iztaccihuatl, le dio voz al Romanticismo en nuestra lengua. Me permito citar solo unos versos de ese extraordinario poema que Heredia dedicó a su caballo. Dice el poeta:

Amigo de mis horas de tristeza,
Ven, alíviame, ven. Por las llanuras
Desalado arrebátame, y perdido
En la velocidad de tu carrera,
Olvide yo mi desventura fiera...
Este viento del sur... ¡ay! me devora./
Si pudiera dormir... En dulce olvido,
En pasajera muerte sepultado,
Mi ardor calenturiento se templara,
Y mi alma triste su vigor cobrara.

Caballo ¡fiel amigo! Yo te imploro.
Volemos, ¡ay! Quebrante la fatiga
Mi cuerpo débil: y quizás benigno
Sobre la árida frente de tu dueño
Sus desmayadas alas tienda el sueño.
Perdona mi furor: el llanto mira
Que se agolpa a mis párpados... Amigo,
Cuando mis gritos resonar escuches,
No aguardes, no, la devorante espuela:
La crin sacude, alza la frente, y vuela.

Me ha sido grato sumar a José María Heredia a esta fiesta del arte convocada por Rubén Amaro, este amigo

Rubén Amaro (Madrid, 1982). Artista plástico español, residente en México. Es egresado de la Academia de San Carlos, estudió ahí diferentes técnicas pictóricas: temple antiguo, temple magro, temple mixto, acrílico, óleo, pútrido, matérica, acuarela y encáustica. Decide especializarse en la Técnica de Encáustica bajo la dirección de su maestro, Francisco de Santiago Silva. Es con esta técnica pictórica con la que después de 13 años ha realizado más de 45 exposiciones individuales y colectivas en diferentes centros culturales de la Ciudad de México y de provincia. Varias de las obras de Rubén Amaro han pasado a formar parte de diferentes Centros Culturales o Instituciones como: Casino Español de México, Orfeo Catalá de México, Embajada de Cuba, Asociación de Asistencia Italiana, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Comité de los Italianos en el Exterior, Centro Asturiano, así como de coleccionistas particulares. Fue invitado al 2º Encuentro Internacional de Pintores en Sucre, Colombia. El maestro Amaro ha impartido Talleres enseñando la técnica pictórica de Encáustica en diferentes escuelas y centros culturales del país.

entrañable, este pintor extraordinario que deja, en cada trazo de sus obras, lo mejor de sí mismo y nos convoca a no olvidar que la bondad y la belleza son los únicos atributos que nos permiten triunfar del horror y la miseria espiritual.

La pintura de Rubén Amaro, entre pudor y dulzura

Franco Avicoli

Rubén Amaro se acerca a la pintura con una actitud que de alguna manera coincide con un sentimiento de pudor, como si él tuviese miedo de dañarla, pero no en el sentido de estropearla, sino de provocarle un dolor.

Creo que tal postura emocional es una forma de respeto que él tiene no sólo con la pintura como arte, sino sobre todo con lo que pinta. Sus caballos, sus flores, sus mujeres, son el mundo hacia el cual se dirige su amor, son sus amores y sus interlocutores vitales; su importancia es tal que parece que por cada pincelada con la que perfila el caballo que lo mira o los colores de las flores o la gracia femenina, él se pare y les pregunte a cada objeto que si está conforme con la manera con la cual se le acercó y si así como lo hizo lo autoriza a entregarlo al mundo.

Me parece que es este el *tópos*, el lugar que marca el espacio en el cual se define la pintura de Rubén Amaro y su arte. Sus mujeres miran sin desafiar y como escondiendo sus ojos, porque el artista lo que quiere es resaltar la belleza de la dulzura, y nunca se permitiría pensar o hacer pensar que él mira a una mujer con otros ojos; si lo hiciera le parecería faltarle al respeto. Y si sus caballos son mansos, no es porque ellos no pueden ser de otra manera, sino porque es así que él se relaciona con los caballos, es como si fuesen sus compañeros de viaje en la vida.

Me parece muy interesante esta manera de relacionarse con el mundo y creo que Rubén logra decirlo con la verdad delicada de su pintura y las muchas figuras de su arte.

Venezia, 25 de febrero de 2017 

Waldo Leyva (Remates de Ariesa, 1943). Escritor y artista plástico cubano. Es uno de los poetas más reconocidos en Cuba. Ejerció la docencia como profesor de Estética y de Literatura Cubana e Hispanoamericana. Fue fundador y director de varias revistas culturales, *Del Caribe* y *Letras Cubanas*, entre otras. Con su obra *El rumbo de los días* ganó en el 2010 el X Premio Casa de América de Poesía Americana y en 2012 le fue otorgado el premio Internacional de Poesía Víctor Valera Mora, del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (CELARG), de Venezuela, por su antología *Cuando el cristal no reproduce el rostro*. Fue director de la Casa del Alba. Es actualmente Consejero Cultural de la Embajada de Cuba en México. Es miembro del Concepto Editorial de *Archipiélago*.

Franco Avicoli. Italiano, doctor en lenguas y literaturas y corresponsal en Venecia del Seminario de Cultura Mexicana.